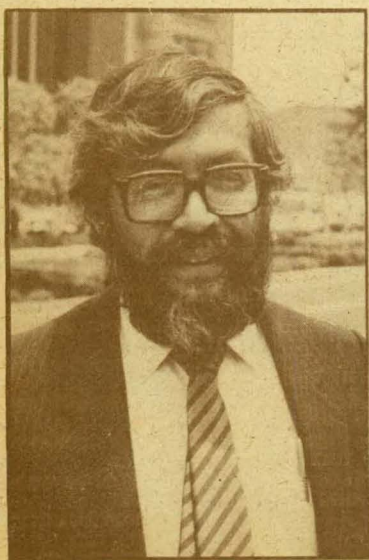


# Fracaso de la Renovación Moral

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



La renovación moral fracasó en el sindicato petrolero. Aunque programa gubernamental, nacido de una concepción política de la presente administración, la renovación moral fue planteada como una necesidad nacional, extensiva no sólo al aparato gubernamental —y dentro de éste no concerniente sólo a la corrupción, sino también a la eficiencia y a la simplificación administrativa— sino a la sociedad entera. De hecho, intentó ser aplicada al sindicato petrolero, desde el gobierno. Pero no se pudo.

Fijemos dos premisas antes de continuar el examen de este Waterloo gubernamental (perdón, pero los lugares comunes llegan a

serlo por su eficacia ilustrativa; por eso resulta inevitable la alusión a la más célebre derrota militar de todos los tiempos, la que puso fin a las guerras de expansión napoleónicas cuando se quiere uno referir a un momento de quiebra o de frustración de un propósito). En primer lugar, aunque por simplificar hablemos aquí de los petroleros, no nos referimos sino a la cúpula sindical, la que ha manejado ese gremio en los últimos veinte años, específicamente al Grupo Unificador Nacionalista y Humanista (y sus variantes locales) encabezado por Joaquín Hernández Galicia, apodado **La Quina**. Con frecuencia, los dirigentes de este grupo proponen el sofisma de que el análisis y la condena de sus actos entraña un ataque a los trabajadores petroleros o a la empresa nacionalizada a la que prestan sus servicios. Nos negamos a caer en esa trampa conceptual y política: aquí se habla de los que manejan el sindicato como si fueran sus dueños, no de las víctimas de esa dominación.

Por otro lado, es preciso aclarar en qué forma entendemos la posibilidad de que el gobierno contribuyera a evitar, disminuir o paliar las deformaciones del sindicalismo petrolero. No somos partidarios, por supuesto, de la injerencia gubernamental en la vida interna de las agrupaciones sociales. De hecho, cuando lo hace es para pervertir los fines propios de tales organizaciones, o para asestarles golpes mortales. Fue el gobierno el que, **manu militari**, acabó con la tendencia democrática de los trabajadores electricistas y más tarde, como en una especie de maldición bíblica que se extiende a los descendientes de los condenados, hizo trascender la sentencia hasta que tocara a un fruto de aquel esfuerzo sindical, el SUTIN, el agrupamiento de los trabajadores nucleares. Fue el gobierno el que derruyó este sindicato y puso al frente de sus restos a un esquírol.

(Permítaseme, a este propósito, un paréntesis que de paso sirve para confrontarnos con la certidumbre de que nuevas generaciones de periodistas constituyen más bien regeneraciones de nuestro gremio: en un ambiente donde el FUFO (Frente Unico de la Fuente Obrera), una agrupación informal de reporteros alcanzó fama por la desaprensión en que sus miembros recibían cuantiosas y periódicas dádivas; en el ambiente de los periodistas que cubren la información de la Secretaría del Trabajo y del sindicalismo en general, dos reporteras, sin acuerdo previo, sólo obedientes a los mandatos de su conciencia, actuaron hace poco de modo que sería injusto que pasara inadvertido. Andrea Becerril, una joven vehemente practicante de nuestro oficio ganó en una rifa entre sus compañeros de **fuerza**, un televisor, resultado que la emocionó por el objeto mismo y porque jamás en su breve vida había obtenido nada en un sorteo. Pero a alguien se le ocurrió la malhadada

idea de hacer entregar los premios a David Bahena, el líder postizo de que hablamos, el que administra los despojos de lo que fue el SUTIN. Y como, sin perjuicio de la imparcialidad con que debe realizar su trabajo informativo, Andrea Becerril tiene una concepción de la vida sindical que le hace repudiar el esquírolaje, y tiene además, y con razón, respeto por sí misma, se negó a recibir de esas manos el bien que la suerte le había deparado. Sara Loveira, por su parte —que como Andrea es reportera de **La Jornada** y es además feminista inteligente— recibió un reloj **Elgin**, de cuarzo, seguramente muy costoso, cuya posesión, o el producto de su venta, no le hubieran venido nada mal. Pero entendió que el obsequio sobrepasaba los límites de la prudencia con que debía haber procedido el funcionario de prensa gubernamental que se lo envió. Y razonando que si el regalo hubiera sido del género común a que estas fechas parecen obligar ritualmente a los responsables de la imagen de los servidores públicos, no hubiera tenido inconveniente en aceptarlo, pero como no era así, lo devolvió. No se trata, al referirlo, de implicar que así debieran obrar todos los beneficiarios de obsequios. Pero sí de señalar, en este artículo en que la corrupción es denunciada, de decir, para usar otro lugar común, antishakesperiano éste, que no todo está podrido en Dinamarca).

Volvamos a los petroleros. El auge del grupo que lo domina resulta de la complicidad gubernamental a lo largo de diversos años. Los propios líderes lo admiten, aunque con las modalidades que impone su cinismo. En un **comic**, un cuaderno de historietas dedicado a exaltar a sus dirigentes, con motivo del 50 aniversario del sindicato, se recoge una afirmación que ha repetido Hernández Galicia: "...algunos presidentes de México han atacado injustamente, al principio de su mandato, las obras del sindicato. Pero esos ataques infundados no han hecho mella en la industria, el Sindicato y el Grupo, pues la justicia se ha impuesto haciendo resaltar los beneficios de su obra social y patriótica". Estos eufemismos quieren decir que en más de una oportunidad, persuadidos de la necesidad de romper un poder peligroso en extremo, porque no obedece pautas éticas ni políticas sino a capricho de su principal dirigente, han querido restarle el apoyo mediante el cual el grupo dominante en el sindicato afianza su hegemonía, pero terminan actuando de consuno con él.

Así le ocurrió a la presente administración. Hasta se trazó un plan destinado a debilitar las posiciones del GUNH, pero intereses encontrados dentro del propio gobierno dieron al traste con la aplicación del proyecto (concebido, por lo demás, sin reconocer el dinamismo de la propia agrupación sindical, a la que bastaría dar seguridades de que su voluntad sería respetada para que se desembarazara por sí sola del lastre que significa su cúpula dirigente). Poco a poco, el gobierno fue cediendo en su impulso depurador, y el gran victorioso en este episodio, como lo ha sido en otros precedentes, resulta ser Hernández Galicia.

Este escogió a un compadre suyo, Héctor Hernández, apodado **El Trampas**, que era secretario de educación del sindicato, como chivo expiatorio frente a las exigencias sociales de poner remedio a la escandalosa corrupción imperante en los niveles directivos del gremio. **El Trampas**, millonario hasta la exageración, huyó de México, pero se quedó en la frontera norteamericana, en McAllen. Allí lo alcanzó, contra todo derecho, el largo brazo del **quinismo** (se escribe con qu, aunque pudiera escribirse con ce), que lo trajo a México para entregarlo a la justicia, previa una humillación ante su verdugo. **El Trampas** hizo revelaciones sobre la participación de Hernández Galicia y de Salvador Barragán Camacho en los negocios sucios de la dirección sindical petrolera, pero sus palabras no tuvieron eficacia. Ahora, ha salido en libertad. El sindicato tomó para sí los bienes de una empresa periodística que **El Trampas** poseía en Coatzacoalcos, actuando como suele con prepotencia y arrollando el derecho de los trabajadores de ese periódico. El episodio, así, ha concluido.

1/I/86